

Conflictos en el Caribe: Eisenhower y Pérez Jiménez, historia de cooperación y enfrentamiento

Conflicts in the Caribbean: Eisenhower and Pérez Jiménez. A History of Cooperation and Confrontation

Gustavo Enrique Salcedo Ávila*

Doctor en Historia de las Relaciones Internacionales (2009). Magíster en Estudios Internacionales Estratégico-Militares (2004). Magíster en Relaciones Internacionales (2002). Abogado (1999). Profesor en la Universidad Simón Bolívar

Resumen

Durante la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez el Gobierno venezolano ejerció una política de seguridad en el Caribe que lo llevó a involucrarse en el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 y en la frustrada invasión a Costa Rica de enero de 1955. Ambos eventos, enmarcados en el contexto de la Guerra Fría, afectaron las relaciones de Venezuela con Estados Unidos. En el primer caso comportó una estrecha cooperación especialmente de sus órganos policiales y de inteligencia; en el segundo generó en cambio un pequeño pero agrio enfrentamiento diplomático. A fin de reparar el *impasse* y asegurar sus relaciones estratégicas con Venezuela, el gobierno de Eisenhower procedió a otorgarle al dictador venezolano la condecoración Orden de Legión al Mérito.

Palabras clave

Pérez Jiménez; Guerra Fría; Estados Unidos; Jacobo Arbenz; Costa Rica

Abstract

During the military dictatorship of Marcos Pérez Jiménez, the Venezuelan government implemented a national security policy in the Caribbean that got it involved in the overthrow of Guatemala's Jacobo Arbenz in 1954 and in the unsuccessful invasion of Costa Rica in January 1955. Both events, framed within the context of the Cold War, affected Venezuela's relations with the United States. The first case implied a close cooperation especially of its police and intelligence agencies. The second case, however, generated a small but bitter diplomatic feud. In order to overcome the *impasse* and secure US strategic relations with Venezuela, the Eisenhower administration proceeded to give the Venezuelan dictator the Order Legion of Merit.

Key words

Pérez Jiménez; Cold War; the United States; Jacobo Arbenz; Costa Rica

* Correo electrónico: gsalcedo@usb.ve

Recibido: 07-07-2012

Aprobado: 18-07-2012

Una de las fases más controvertidas en las relaciones de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez (1953-58) con el Gobierno de Estados Unidos, y que ha sido prácticamente ignorada por la historiografía venezolana e internacional, tuvo que ver con el choque de sus políticas de seguridad hacia el Caribe. Si bien hoy en día se conoce bastante bien el rol que jugó Estados Unidos ante las dos crisis regionales más importantes de la época, el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 y la frustrada invasión a Costa Rica de 1955, poco se sabe en cambio de la participación venezolana en ellas. Tampoco se conocen las implicaciones que esa participación tuvo sobre las relaciones bilaterales de Venezuela con el vecino del Norte.

El presente trabajo busca llenar ese vacío. Concretamente se analizará cómo las relaciones entre las presidencias de Pérez Jiménez y Dwight D. Eisenhower se vieron afectadas por estos acontecimientos y cómo de la cooperación se llegó a una pequeña pero dramática confrontación diplomática.

INTRODUCCIÓN

A inicios de los años cincuenta dos grandes fracturas dominaban el panorama político en el Caribe: por un lado el enfrentamiento impuesto por la Guerra Fría entre comunismo y capitalismo; por el otro la lucha entre las autocracias militares, que buscaban esencialmente conservar el poder y los privilegios de las viejas élites tradicionales, y los movimientos democrático-progresistas, favorables en cambio a una apertura del sistema político hacia las masas. Obviamente, ambos planos estaban íntimamente relacionados, sin llegar a ser uno independiente del otro. De hecho, durante esa época elementos comunistas participaron y muchas veces se confundieron con la izquierda progresista moderada en sus intentos por combatir a las dictaduras¹.

Fue bajo ese marco complejo de lucha de poder que se relacionaron los gobiernos de Estados Unidos y Venezuela. Para los primeros, su política hacia el Caribe estuvo fuertemente matizada por la estrategia global de contención al comunismo, expresada por primera vez en la Doctrina Truman de 1947. La misma los llevó a

¹ El deslinde entre ambos movimientos llegaría a ser más claro y evidente luego de la victoria de la Revolución Cubana de 1959.

mantener relaciones muy estrechas con los regímenes militaristas latinoamericanos y a la vez sospechar de los movimientos socialdemócratas, considerados políticamente inexpertos e ingenuos, sobre todo por sus vinculaciones izquierdistas poco claras con los comunistas. En cambio, para la realidad venezolana más limitada y localista, cobraba gran peso en esos años la dicotomía dictadura-democracia. En tal sentido, el gobierno perezjimenista buscaba manipular el nuevo Orden Internacional para conseguir el apoyo de Estados Unidos en su cruzada en contra de sus enemigos internos. Pérez Jiménez sabía cómo en innumerables ocasiones lo que sucedía en el Caribe tiende a repercutir en los asuntos internos venezolanos²; por ello asumió una política agresiva de defensa en contra de los grupos opositores que se habían exiliado allí, los cuales a su vez conspiraban para derrocarlo. Es decir, para Venezuela la lucha por la estabilidad política en el Caribe era, como siempre, la misma lucha por su estabilidad política interna.

PÉREZ JIMÉNEZ Y DWIGHT EISENHOWER EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

El año 1953 trajo importantes cambios en el ámbito internacional. Quizás el más significativo de ellos, y que a la postre convulsionaría internamente al bloque comunista, tuvo que ver con la muerte de Stalin, acaecida en la noche del 5 de marzo ante la mirada atónita y posiblemente algo aliviada de su círculo personal. Apenas tres años después el Imperio soviético parecía tambalear; de no haber sido por la presión política ejercida sobre Gomulka en Polonia, o por la intervención de tanques soviéticos en Berlín en 1953 y en Budapest en 1956, probablemente este se hubiese disuelto o redimensionado prematuramente. La misma política de destalinización adoptada en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética abriría una fisura casi insalvable con la China maoísta.

Pero no fue solo en la Unión Soviética en donde se dio un cambio fundamental en el vértice del liderazgo político de una de las dos superpotencias, también en Estados Unidos asumía la presidencia Dwight D. Eisenhower. Por primera vez en veinte años el Partido Republicano volvía a la Casa Blanca y lo hacía bajo una plataforma política agresiva, que buscaba reafirmar la primacía norteamericana

² Piense, por solo citar un ejemplo, en la influencia que tuvo en el siglo XIX la independencia de Haití y el gobierno de Pétion en el proceso independentista venezolano.

en la Guerra Fría. Para ese entonces mucho se debatía en Estados Unidos sobre la pérdida del monopolio nuclear con los soviéticos, la victoria de los comunistas en China y el estancamiento de la guerra en Corea. Internamente el temor al comunismo se manifestaba en las persecuciones paranoicas del mccartismo. La nueva administración se aprestaba entonces a “empujar hacia atrás” (*roll back*) al comunismo internacional en cualquier parte del mundo, inclusive, de llegar a ser el caso, también en América Latina.

Sin embargo, para inicios de los años cincuenta ese peligro lucía bastante lejos; de las veinte repúblicas latinoamericanas, trece eran autocracias militares tendencialmente conservadoras (si bien algunas resultaron ser bastante populistas e incluso reformistas). Las únicas democracias en el Caribe eran las de Costa Rica y Guatemala; el resto estaba dominado por dictadores como Anastasio Somoza en Nicaragua, José Remón en Panamá, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Fulgencio Batista en Cuba, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana y Paul Magloire en Haití (todos, por cierto, generales). Los militares también ejercían una fuerte tutela en El Salvador y Honduras, en donde gobernaban el teniente coronel Oscar Osorio y Juan Manuel Gálvez, respectivamente.

Ante ese panorama desolador Venezuela no constituía una excepción. Desde el golpe de Estado de 1948 mandaban también las Fuerzas Armadas. La novedad que trajo 1953 fue que por primera vez, y en virtud de un fraude electoral, asumía directamente la presidencia el general Marcos Pérez Jiménez, el hombre fuerte detrás de las anteriores Junta Militar (1948-1950) y Junta de Gobierno (1950-1952). Las mismas insertaron con más fuerza a Venezuela dentro del bloque occidental, ilegalizando a Acción Democrática y al Partido Comunista, y rompiendo relaciones con la Unión Soviética en 1952 (Romero, 1992:68-69). Se reforzaron, por consiguiente, los lazos de Venezuela con Estados Unidos.

Ahora bien, ¿cómo se explica la consolidación de todas estas autocracias militares? En parte pueden entenderse como una reacción ante el cambio social que esos países estaban viviendo. El desarrollo económico afianzaba una clase media y, en algunos casos, hasta un pequeño proletariado embrionario, desde donde se alzaban demandas de cambio, sobre todo de apertura política. Las viejas élites oligárquicas identificadas con sus gobiernos autoritarios terminaron apoyando a las dictaduras como instrumentos para mantener el *statu quo*. Fue así como la represión se convirtió en la forma principal de hacer política. La oposición sufría prisión, tortura, asesinato y, por supuesto, el destierro. Aquellos que lograban

escapar, emigraban a las democracias del vecindario, desde donde continuaron luchando contra el militarismo retrógrado.

El caso de Acción Democrática fue un buen ejemplo de ello. Cuando es ilegalizado en 1948 se inicia una implacable persecución en su contra. Gran parte de sus líderes se van al exilio, como el máximo dirigente Rómulo Betancourt, quien luego de residir un tiempo en Cuba y tras el golpe de Batista en marzo de 1952, se traslada a Costa Rica, donde es acogido por su amigo José Figueres, quien poco después llegaría a ser presidente. Ese país se convertiría en el centro de operaciones de la oposición venezolana.

No es difícil imaginar cómo todo esto generase un clima de peligrosa inestabilidad. Para mediados de 1953 muchos gobiernos en el Caribe se enfrascaron en políticas abiertamente intervencionistas, en parte para asegurar su supervivencia. Ello no era ninguna novedad; basta recordar que en los años cuarenta los gobiernos de Grau de San Martín, Juan José Arévalo y José Figueres apoyaron varias conspiraciones en contra de Trujillo y Somoza (nos referimos a la famosa expedición de Cayo Confites y al posterior fiasco de Luperón), cooperación por cierto que generó el mito de la Legión del Caribe. Del otro lado ocurrieron acciones similares, como el intento de invasión organizado por Nicaragua en contra de Costa Rica de 1948, que obligó la primera intervención de la Organización de Estados Americanos (OEA), dando paso también a la primera aplicación del Tratado de Río de Asistencia Recíproca (Dreier, 1962:60).

Con esos antecedentes, y sobre todo bajo el contexto de aquel entonces, el Caribe constituía una zona sumamente volátil. La prioridad para la dictadura venezolana era acabar con esos focos de conspiración en el extranjero, que amenazaban su seguridad interna, mientras que para Estados Unidos lo fundamental era evitar que se generasen situaciones de inestabilidad que pudiesen abrirle espacios a los comunistas, es decir, cada uno perseguía objetivos distintos.

INICIA LA CONSPIRACIÓN

El primer gran escenario de crisis en donde confluyen los intereses geopolíticos de las dictaduras caribeñas, así como de Estados Unidos, fue Guatemala (si bien como veremos, la atención también estuvo dirigida simultáneamente sobre Costa Rica, dada la especial insistencia de parte de Pérez Jiménez).

La razón principal que motivó la intervención fue básicamente los lazos incontrovertibles del gobierno de Jacobo Arbenz con los comunistas. Además coadyuvó mucho la reforma agraria, que afectó los intereses de grandes terratenientes, sobre todo de la United Fruit Company, una poderosa empresa transnacional estadounidense. Su aprobación en junio de 1952 hizo sonar las campanas de alarma en toda la región. Para la oligarquía conservadora guatemalteca y también para la caribeña en general, la reforma demostraba claramente la tendencia comunista del Gobierno. Hoy en día la misma luce moderada, si bien para ese entonces contenía efectivamente elementos radicales (como, por ejemplo, la participación de los comités de campesinos y sindicatos en la misma)³. Ahora bien, estudios recientes de documentos estadounidenses previamente desclasificados sugieren que al Gobierno en Washington lo que francamente le preocupaba no eran tanto las expropiaciones en contra de la United Fruit (aun cuando el Departamento de Estado abogó para que esta obtuviese una justa compensación), sino más bien la posibilidad de que la ley reforzase el movimiento comunista en las zonas rurales del país (Gleijeses, 1991:152; Gaddis, 1997:177-178).

Estas inquietudes por la creciente influencia de los comunistas sobre el Gobierno resultaron fundamentadas. Como indica Piero Gleijeses, quien a la fecha ha realizado la investigación más completa sobre los acontecimientos en cuestión, bajo el gobierno de Jacobo Arbenz los comunistas, si bien no ocuparon directamente puestos de gobierno, sus líderes, como José Manuel Fortuny, llegaron a ser los consejeros privados más cercanos del Presidente, con quienes él consultaba todas las decisiones políticas más importantes, incluyendo la reforma agraria y la compra de armas, que tiempo después haría a Checoslovaquia. Arbenz no solo legalizó al Partido Comunista (llamado Partido Guatemalteco del Trabajo-PGT), sino que estableció una alianza electoral con ellos en las elecciones legislativas de enero de 1953 (Gleijeses, 1991:182, 231). Por estas razones el Gobierno en Washington veía con mucha preocupación los acontecimientos; sin embargo, al final resultó ser Anastasio Somoza quien en última instancia propuso el plan para derrocarlo.

A fin de lograr ese objetivo se organizaron dos intentos conspirativos, aunque el plan fue sustancialmente el mismo: apoyar una operación encubierta encabezada por Castillo Armas, un renegado oficial guatemalteco, quien invadiría a su

³ Para mayor información y puntos de vista discordantes sobre la reforma agraria y el gobierno de Jacobo Arbenz, ver Gleijeses (1991) y Rabe (1988).

país generando una sublevación de las Fuerzas Armadas en contra de Arbenz. El primer tentativo (llamado “Operación Fortuna”) se preparó bajo la presidencia de Truman en el otoño de 1952, pero fue suspendido a último momento gracias a la intervención del secretario de Estado Dean Acheson; el segundo (“Operación Pbsuccess”) se realizó bajo la administración Eisenhower y fue el que terminó defenestrando al Gobierno guatemalteco. Además de Estados Unidos, Nicaragua y la United Fruit Company, otros gobiernos como el de Trujillo y Pérez Jiménez también se involucraron.

Ya para finales de 1952 la dictadura venezolana estaba formando alianzas para contrastar a sus enemigos en el Caribe. En este sentido, Guatemala constituía un objetivo secundario; Pérez Jiménez participaría en la conspiración en contra de Arbenz más como un medio para asegurarse el apoyo de sus vecinos en su campaña en contra de Costa Rica. El Gobierno venezolano insistiría una y otra vez en relacionar y enlazar ambos casos.

Para septiembre de ese año, Venezuela y Nicaragua estaban impulsando una suerte de bloque anticomunista regional. El gobierno conservador colombiano de Roberto Urdaneta, interesado también en el asunto, envió a su embajador Eduardo Zuleta Ángel en una gira por Centroamérica, buscando afinar la coordinación en la lucha contra los comunistas y los adecos. Ese mismo embajador llegaría a admitir pocos meses después que “Castillo Armas gozaba de la completa confianza del Coronel Pérez Jiménez” (FRUS, 1983:367)⁴.

Indicios de la participación de Venezuela en esta primera etapa (al menos al nivel de las discusiones) salen a relucir de la conversación que sostuvo el 29 de septiembre el embajador de Nicaragua en Washington, Guillermo Sevilla-Sacasa, con Thomas Mann, subsecretario asistente para Asuntos Interamericanos. En esa ocasión Sevilla-Sacasa comunicó el interés de su Gobierno de tomar acciones militares conjuntas en contra de Arbenz, advirtiendo además sobre el peligro de un fortalecimiento de Figueres en Costa Rica, en caso de una victoria en las elecciones a mediados de 1953. Dijo que “Rómulo Betancourt era la mano detrás de Figueres y que una victoria de Figueres en Costa Rica contribuiría mucho en el resurgimiento del poder de Betancourt en Venezuela” (FRUS, 1983:1373). El 3 de octubre Mann informaría a Dean Acheson de ese coloquio: “El Embajador

⁴ Todas las citas del FRUS son traducciones del inglés hechas por el autor.

Sevilla Sacasa... visitó la semana pasada... para referir con detalle un plan en el que Nicaragua, con el apoyo de varios de sus vecinos, así como de la República Dominicana, Colombia y Venezuela, tomarían acción militar indirecta en contra de Guatemala a quienes ellos consideran una amenaza por la influencia comunista en dicho gobierno”. Luego agregaría que “Colombia y Venezuela temen a Betancourt, quien actualmente vive en exilio en San José... El Presidente Somoza también teme la situación en la vecina Costa Rica” (FRUS, 1983:1042-1043).

Como dijimos, el Departamento de Estado al enterarse de la Operación Fortuna logró suspenderla de inmediato, presumiblemente porque la consideraba una aventura arriesgada e imprudente. Tocaría a la siguiente administración republicana enfrentar, tiempo después, la situación, ya bajo un clima mucho más deteriorado. En efecto, en enero de 1953 Arbenz había firmado los primeros decretos de expropiación de tierras, y en febrero se había generado una crisis institucional entre el Congreso y la Corte Suprema, quien ordenó la suspensión por inconstitucionalidad de la reforma agraria (al no contemplar la revisión judicial de las expropiaciones). Luego de un acalorado debate, el Parlamento decidiría destituir a los magistrados rebeldes alegando una supuesta “ignorancia de la ley” y los cambiaría por magistrados más sumisos a los deseos del Gobierno (Gleijeses, 1991:155). Guatemala se hundía así en una vorágine de efervescencia y violencia política.

Al empeorarse la situación interna, las ruedas de la maquinaria conspirativa se volverían a poner en marcha a mediados de 1953, y Venezuela se vería nuevamente involucrada. Al respecto resulta interesante el testimonio de Régulo Fermín Bermúdez, uno de los hombres de mayor confianza de Pedro Estrada, director de la Seguridad Nacional, la policía política de la dictadura perezjimenista⁵. Fermín recordaría años después que el doctor Francisco Aguirre, un funcionario venezolano con contactos en el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA),

nos informó que los Estados Unidos estaban interesados en sacar del poder al coronel Arbenz, a quien consideraban muy ligado a los comunistas. Pronto fuimos invitados Estrada y yo a los Estados Unidos. Fuimos a Washington y nos entrevistamos con el señor Allan [*sic*] Dulles, director de la CIA y hermano

⁵ Pedro Estrada Albornoz fue director de dicho organismo del 31 de agosto 1951 hasta el 10 de enero de 1958. Lo substituyó el coronel (Ej) Luis Teófilo Velasco del 11 de enero hasta el 21 de enero. Régulo Fermín Bermúdez fue designado su último director del 22 hasta el 24 de enero de 1958, momento de su disolución.

de John Foster Dulles, entonces secretario de Estado. (...) En esa reunión se habló... lo relacionado con el régimen de Arbenz. Comenzaron pues los planes para derrocar a Jacobo Arbenz y se estableció el cuartel general en Nicaragua, con el apoyo del presidente Somoza (Ramírez Cubillán, 1996:84).

Ese encuentro ocurrió a finales de 1953; ya entonces descollaba una guerra mediática que acusaba al Gobierno guatemalteco de comunista. En ese mismo terreno quedaba pendiente un evento importante en donde se vislumbraba un importante choque entre Estados Unidos y Guatemala.

LA X CONFERENCIA INTERAMERICANA

Cuando se celebra la X Conferencia Interamericana en Caracas en marzo de 1954 ya los preparativos tendentes a una invasión estaban muy avanzados. Somoza había visitado a Venezuela el 20 de octubre del año anterior, donde tuvo la oportunidad de afinar estrategias con Pérez Jiménez. La Operación Pbsuccess, organizada principalmente por la CIA, contaría con el apoyo de ambos, así como del presidente Gálvez y en menor medida de Trujillo. Un grupo de exiliados se entrenaría en Nicaragua y luego se trasladarían a Honduras, lugar desde donde partiría la invasión. La X Conferencia coadyuvaría a la misma en el sentido de que serviría como escenario para presionar aún más a los actores internos de Guatemala, sobre todo a sus Fuerzas Armadas, haciéndoles ver que su Gobierno estaba completamente aislado.

De esa Conferencia Interamericana resultó memorable el debate entre Foster Dulles y el canciller Guillermo Torriello (quien por cierto leyó un discurso redactado por miembros del PGT (Glejeses, 1991:273). Aunque el objetivo de acorralar al Gobierno guatemalteco resultó bastante dudoso, al menos Estados Unidos logró obtener la famosa Declaración de Caracas. La misma estableció mecanismos de cooperación en materia de lucha interna contra el comunismo internacional, que intensificaron las relaciones entre la Seguridad Nacional y la CIA. En el archivo de la Cancillería venezolana reposan numerosos expedientes que testimonian el frecuente intercambio de información que sobre el particular se realizó con el Departamento de Estado⁶.

⁶ Véase, por ejemplo, AMRE, DPI, 1954, EE.UU., Exp199 y AMRE, DPI, 1955, EE.UU., exp. 140. Vale acotar que el intercambio fue bidireccional.

Esa cooperación resultó además muy bien retratada en la carta confidencial de fecha 15 de noviembre de 1954 del embajador de Venezuela en Estados Unidos, César González⁷. En ella informa a Pérez Jiménez del desarrollo de otra visita, esta vez oficial, que realizaría Pedro Estrada a Washington meses después de la Operación Pbsuccess. En esa ocasión se reunió con el secretario de Estado John Foster Dulles, su hermano Allen Dulles y al día siguiente con Edgar J. Hoover, jefe del Buró Federal de Investigación (FBI). Sin esconder cierta emoción, escribe el diplomático: “La visita del director de Seguridad Nacional de Venezuela es caso insólito en este país. Es el primer jefe de Seguridad que se invita oficialmente a este país y los efectos y alcance de la visita son más políticos que técnicos”. Luego añade: “Nuestra Seguridad Nacional... ha recibido el respaldo y aplauso del gobierno de los Estados Unidos. Se reconoce que esa institución nuestra es la primera de América Latina y se busca la colaboración de ella” (AHM.1847-C).

En su encuentro con el director de la CIA, Estrada le entregó dos expedientes relacionados con la lucha contra el “comunismo”⁸. Allen Dulles “[a]plaudió calurosamente la labor rendida en Venezuela contra las actividades comunistas” y “[l]e pidió que se comunicara con él desde Venezuela, directamente y que él quería tener contacto permanente con la Dirección de Seguridad de Venezuela” (AHM.1847-C). Esas buenas relaciones llegaron a tener su momento cumbre propio con la Operación Pbsuccess.

LA CAÍDA DE ARBENZ

Tres acontecimientos posteriores a la cumbre de Caracas, acaecidos entre abril y mayo, sellarían para mal la suerte de Arbenz. El primero y quizás más impactante fue el intento de asesinato en contra de Somoza, ocurrido el 4 de abril de 1954. Los complotados provenían de Costa Rica pero muchos habían residido en Guatemala. A raíz del mismo, Somoza se comprometería con más ahínco a tumbar tanto a Arbenz como a Figueres (Ameringer, 1974:204).

⁷ César González fue embajador en Estados Unidos del 12 de diciembre de 1952 hasta febrero de 1958.

⁸ De hecho, en su conversación anterior con Foster Dulles, Estrada lo alertó sobre la actividad de Augusto Malavé Villalba, el distinguido sindicalista de AD y para ese entonces representante de la Organización Regional Internacional de Trabajadores (ORIT), en relación con las huelgas en la industria bananera habidas en Honduras a inicios de mayo de ese año.

El segundo suceso tuvo que ver con una importante huelga de trabajadores bananeros ocurrida en el norte de Honduras. La misma comenzó el 4 de mayo y rápidamente creció a proporciones tales de comprometer la estabilidad del gobierno de Juan Manuel Gálvez. En esos sucesos se vería involucrado el famoso sindicalista adeco Augusto Malavé Villalba, entonces asesorando a los jornaleros hondureños en representación de la ORIT. La huelga no fue inspirada ni dominada por elementos comunistas, pero existieron evidencias de intervención desde Guatemala. Ello le dio motivo al Gobierno hondureño para dejarle carta blanca a Castillo Armas a usar su territorio como base para derrocar a Arbenz.

El último de los acontecimientos, que ocurrió el 15 de mayo, fue el desembarco en Guatemala de dos mil toneladas de armamento checoslovaco traído desde Polonia por el barco sueco Alfhem. Estados Unidos denunció el hecho y nueve días después envía armas ligeras a Honduras y Nicaragua, arsenal que sería usado en la intentona de Castillo Armas.

Ante tales acontecimientos el Gobierno venezolano decide involucrarse, pero insiste, como mencionamos antes, en vincular el problema de Arbenz al tema de Figueres en Costa Rica. Al respecto, resulta bastante esclarecedor un comunicado de Maurice Bernbaum, ministro consejero de la Embajada de Estados Unidos en Caracas. El 31 de mayo, en vísperas de la invasión, este se reúne por separado con el canciller venezolano Aureliano Otáñez y con Pedro Estrada para explorar la posibilidad de convocar una cumbre regional a fin de resolver la crisis. Tanto Otáñez como Pedro Estrada se mostraron contrarios. “Estrada”, cuenta Bernbaum,

no escondió su escepticismo ante una salida diplomática y su preferencia por una acción directa. También enfatizó que Venezuela, Panamá, Nicaragua, República Dominicana y Perú estaban tan preocupados por Figueres como por Guatemala y que insistirían en tomar acciones en contra de él también. Estrada alegó que una solución satisfactoria al caso guatemalteco no resolvería el problema de Figueres que él sentía que requería acción directa (FRUS, 1983:1666-1667).

Es decir, el director de la Seguridad Nacional prácticamente planteaba la necesidad de montar otra conspiración en contra de Figueres. Después, en otra parte significativa, escribe Bernbaum,

Estrada luego indicó confidencialmente que Venezuela ya había sido abordada por exiliados guatemaltecos y costarricenses para obtener fondos para financiar revoluciones en ambos países. Preguntó por qué la United Fruit Company no

asumía su parte y urgió a Estados Unidos a apoyar o consentir tal acción, siendo mucho más realista y segura de éxito que una conferencia. Admitió que golpes no habían ocurrido antes solo por la incapacidad de los países interesados en ponerse de acuerdo (pp. 1666-1667).

Implícitamente se admitía que el Gobierno venezolano estaba apoyando la conspiración. Cuando Bernbaum insistió en una salida diplomática “Estrada no discutió el asunto sino que en una forma algo airada declaró que Venezuela enviaría sus Canberras y mucho más sobre Costa Rica a la primera señal de agresión de ese país en contra de Venezuela”. Bernbaum termina señalando que Estrada partiría el 2 de junio en un viaje por Panamá, Nicaragua, Cuba y Estados Unidos (pp. 1666-1667).

Casualmente sería precisamente en esos días de junio, concretamente el 18, cuando se desencadenaría la invasión de Castillo Armas desde Nicaragua y Honduras. Muchos años después recordaría Pedro Estrada que, “Guatemala era una vía fundamental de penetración... Castillo [Armas] fue apoyado por todo el mundo, vamos a decir así. El pecado no fue solo de Estados Unidos: todo el mundo dijo que sí, por unanimidad”. Y luego admitiría: “Yo estuve ahí y actué. Prácticamente fui quien despidió a Castillo Armas en el momento en que salió en la avioneta para la invasión” (Blanco Muñoz, 1983a:294). Pedro Estrada indica que la operación se organizó desde Nicaragua, de donde probablemente lo vio partir hacia Honduras.

Régulo Fermín Bermúdez, quien también estuvo involucrado muy de cerca en la misma, cuenta

[y]o hice amistad con el coronel Castillo Armas durante el tiempo que duraron los preparativos y lo acompañé desde el inicio de las hostilidades, estuve con él cerca de Sacapa [*sic*]. Castillo Armas había anunciado que iría por avión a Guatemala, pero por razones de seguridad hicimos el viaje por tierra y esperamos un poco para observar el desarrollo de los acontecimientos (Ramírez Cubillán, 1996:84).

De ambos testimonios se desprende claramente que la Seguridad Nacional, más allá de financiar la operación, participó en su fase operativa. Ahora bien, desde el punto de vista militar, la misma casi termina en un estruendoso fracaso. Tuvo éxito solo porque al final el cuerpo de oficiales guatemaltecos, presionados ante el espectro de una retaliación estadounidense, decide traicionar a su presidente. Sin

el apoyo de las Fuerzas Armadas, el 27 de junio Arbenz renuncia a la presidencia y Castillo Armas toma el poder.

Guatemala resultó ser una dura lección para los comunistas latinoamericanos. Un testigo excepcional de los acontecimientos fue el joven médico argentino Ernesto Guevara, quien años después le habría dicho a Fidel que “no podemos garantizar la Revolución antes de depurar las fuerzas armadas” (Schlesinger y Kinzer, 1982:184). Desde ese entonces (y luego de haber cometido el mismo error con Allende) el primer paso de toda revolución consistiría en infiltrar, depurar y adoctrinar a las Fuerzas Armadas, eliminando también sus contactos con las misiones militares estadounidenses. Además, Guevara criticaría la decisión de Arbenz de no repartir armas a los campesinos y formar milicias populares. Escribiría: “No pensó que un pueblo en armas es un poder invencible” (Kalfon, 1997:140-141).

COSTA RICA, PULSO ENTRE ESTADOS UNIDOS Y VENEZUELA

El caso de Guatemala fue, como vimos, la instancia cumbre de cooperación entre los órganos de seguridad e inteligencia de Estados Unidos y Venezuela. Sin embargo, ya al final de la misma Pérez Jiménez y Somoza estaban buscando acabar con el otro foco de oposición política en el Caribe. Para el Gobierno venezolano la situación era particularmente apremiante, pues, como ya hemos mencionado, Costa Rica se había convertido en el centro de operaciones de los exiliados de Acción Democrática.

Desde allí estos ejercían una actividad política intensa, básicamente denunciando y conspirando en contra de la dictadura perezjimenista, y a la vez ayudando a otros grupos que igualmente buscaban librar a sus países del yugo militar. Como años después contaría Carlos Andrés Pérez, quien para ese entonces era un joven dirigente de Acción Democrática que fungía como secretario privado de Betancourt:

...[m]i situación en Costa Rica era muy peculiar. No obstante ser venezolano, era el hombre encargado de manejar todos estos asuntos, llamémoslos no regulares, promovidos por el gobierno de Figueres. Yo entraba a cualquier hora al Palacio Presidencial. Estaba muy vinculado a todos los niveles del Gobierno. Nosotros nos encontrábamos reuniendo armas y pertrechos porque considerábamos necesaria una acción armada para derrocar a Pérez Jiménez. Teníamos incluso hombres entrenándose militarmente (Peña, 1979:121).

El objeto de los preparativos era la denominada “Operación Berta”, un plan que proyectaba desembarcar un puñado de hombres armados en el oriente de Venezuela, lugar donde se esperaba que se sumasen otros civiles y militares a la insurrección. Compraron una barca a principios de 1953 pero la invasión se fue posponiendo hasta que en 1955 la referida barca se averió y tuvo que ser vendida (Quero de Trinca, en Betancourt, 2004:38). En un gesto de solidaridad, las armas reunidas fueron enviadas a los cubanos opositores a Batista, entre ellos a elementos del Partido Auténtico de Cuba y al mismo Fidel Castro (al respecto, ver Peña, 1979:122-125).

El atentado a la vida de Anastasio Somoza, mencionado anteriormente, fue otro buen ejemplo de esa actitud solidaria. El líder de ese complot, el nicaragüense Pablo Leal, contó con la asistencia de Figueres y Betancourt, tal como lo revelaría el Diario de Costa Rica meses después. Según declaraciones del hondureño Jorge Ribas Montes, el segundo en comando, Leal se habría reunido en varias ocasiones con Figueres, Bosch, Prío Socarrás y Rómulo Betancourt, quienes lo ayudaron a conseguir el armamento y organizar la expedición (Ameringer, 1974:207). Carlos Andrés Pérez también confirmaría años después cuán involucrado estuvo su partido en esos eventos, al referir que el 1° de abril de 1954 “despedimos en la frontera de Costa Rica a los participantes de una operación comandada por Pablo Leal para liquidar la dictadura de Somoza. A los pocos días supimos de su fracaso, por un cambio en los planes de Somoza, y del apresamiento del grupo. Todos fueron fusilados por el dictador” (Giusti y Hernández, 2006:361; ver también Peña, 1979:127).

El hecho tuvo el desafortunado efecto de convencer aún más a Managua y Caracas de la necesidad de eliminar al gobierno de Figueres. Naturalmente, Somoza lo responsabilizó de los hechos, pero incriminó concretamente a Betancourt como el autor intelectual del frustrado magnicidio. El 18 de mayo, a través de una nota diplomática que semejava más a un ultimátum, el Gobierno nicaragüense exigió su expulsión junto con la de un grupo de importantes exiliados políticos, entre los cuales también figuraba Juan Bosch. Lucía inminente una retaliación armada de parte de Nicaragua.

Para ese entonces tanto Somoza como Pérez Jiménez sabían que para acabar con Figueres necesitaban contar con el apoyo o al menos con la anuencia de Estados Unidos. Durante años, las dictaduras estaban tratando de aprovecharse del temor en Washington a una expansión comunista en la región para tenerlos de su

lado en lo que esencialmente eran disputas locales. Por ello insistían en acusar a Betancourt de peligroso líder comunista, un marxista reaccionario. Así pensaban captarlos en su lucha en contra de Acción Democrática, Figueres y el resto de sus opositores políticos.

Pero la administración Eisenhower nunca se dejó manipular por esas conjeturas. Jamás equipararon la situación de Costa Rica a la de Guatemala. Algunas veces los análisis del Departamento de Estado se acercaron a la visión de los dictadores, pero nunca en realidad la compartieron totalmente. Por ejemplo, el 12 de abril de 1954 Henry Holland, secretario asistente para Asuntos Interamericanos, le escribiría al embajador ante las Naciones Unidas Henry Cabot Lodge

[e]l asunto de si el líder de Acción Democrática, Rómulo Betancourt, y otros miembros de su partido, son comunistas es algo que ha sido estudiado cuidadosamente por este Departamento, y si bien nuestras conclusiones no coinciden con las de Estrada existen sin duda razones que apoyan su caso. (...) Nosotros no consideramos a Figueres como un comunista o que su bien conocida amistad con Betancourt de motivo a acusarlo de filocomunista ... Muchos miembros exiliados del partido venezolano Acción Democrática están viviendo en Costa Rica, y es sabido que alguno de ellos regresan a Venezuela de tanto en tanto como agentes encubiertos, desde que su partido fue ilegalizado en 1948; pero no se ha determinado ninguna alianza real entre Acción Democrática y los partidos comunistas, si bien hay casos de colaboración directa entre miembros individuales de ambos partidos.

Holland concluye

es mi opinión que, mientras las distinciones entre partidos de extrema izquierda y los comunistas sean fluidas, deberíamos ser cautelosos en no juzgar como comunistas a líderes izquierdistas como Betancourt y Figueres. Esta identificación la hacen algunos funcionarios venezolanos, pero tenemos que reconocer que desde su punto de vista el Partido Comunista y Acción Democrática son ambos enemigos. Acción Democrática no es considerada por nosotros ser un enemigo de Estados Unidos (FRUS, 1983:840-841).

Evidentemente, la reticencia del Gobierno estadounidense de ver los hechos y por consiguiente de sumarse a los planes de Somoza y Pérez Jiménez generó amplias frustraciones a estos últimos. Probablemente ambos dictadores pensaron que el haber participado en la Operación Pbsuccess les daba derecho a exigir

reciprocidad de Estados Unidos. Además, ellos habían sido sus aliados incondicionales durante la X Conferencia Interamericana. Sin embargo, muy a su pesar, todas estas suposiciones no tuvieron al final el peso que ellos calculaban. Insistir en entrometerse en Costa Rica los llevaría a una ruta de colisión directa con la administración Eisenhower.

Solos, y con la intención de presionar aún más a Figueres, el 22 de junio Pérez Jiménez organizó el lanzamiento de unos panfletos difamatorios sobre la capital San José, denunciando la asociación “homosexual” entre Betancourt y Figueres (Bowman, 2002:126). Muchos años después recordaría el exdictador: “Sí protestamos ante Costa Rica cuando José Figueres quiso meterse en nuestra política empujado por un conocido político venezolano. Y protestamos haciendo una vagabundería (llamémosla así): mandamos un avión a sobrevolar la capital a lanzar unos panfletos. Eso fue todo lo que hicimos” (Blanco Muñoz, 1983b:280).

Pero el acto, más allá de la simple “vagabundería” con que años después la recordaría Pérez Jiménez, tuvo en realidad una clara connotación amenazadora y contribuyó a escalar peligrosamente las tensiones. Así lo entendió el Departamento de Estado en su momento, quien calificó la acción venezolana como “extremamente mal aconsejada” (FRUS, 1983:846-847). Procedieron entonces a mediar cautelosamente intentando no ofender a los dictadores, pero a la vez mostrándose decididos a no dejarles generar otra crisis que pudiese, según ellos, “destruir al sistema interamericano”.

Como el centro de las tensiones era la presencia de Betancourt en Costa Rica, el Departamento de Estado presionó para sacarlo de allí cuanto antes. El primer secretario de la Embajada estadounidense en San José, Allan Stewart (quien se había hecho amigo personal de Betancourt y años después serviría como embajador en Venezuela durante su presidencia), le ofreció asilo político en Estados Unidos (Romualdi, 1967:464-465).

Paralelamente, a fin de frenar cualquier posible agresión de parte de Somoza, Eisenhower procedió a equilibrar las fuerzas en campo. El 3 de julio Figueres anunció la adquisición de armamento bélico de Estados Unidos. Once días después seis aviones de transporte C-47 de la Fuerza Aérea estadounidense descargaron quince toneladas de armas ligeras en San José, de un valor aproximado de medio millón de dólares (Ameringer, 1976:211; FRUS, 1983:845, 1385).

Como era de esperarse, la noticia generó aún más resentimiento en Managua y Caracas. Eso, en vez de disuadir, precipitó la crisis, aumentando las tensiones a lo largo de la frontera entre Costa Rica y Nicaragua. En un comunicado dirigido a su embajador en San José, el Departamento de Estado le informaba que “[n]osotros aquí tuvimos que explicarle tanto a Venezuela como a Nicaragua que al final habíamos accedido al envío de armas para asegurar los objetivos que ellos también están persiguiendo (la salida de Betancourt...)” y se quejaban de cómo Figueres había hecho parecer la venta como un acto inamistoso de Estados Unidos hacia Nicaragua y Venezuela (FRUS, 1983:846-847).

Ese mismo 3 de julio Henry Holland, luego de citar al embajador nicaragüense, convocó al Departamento de Estado al embajador César González, este reportó que luego de varios rodeos Holland “concretamente me dijo que, un movimiento dirigido contra Costa Rica... le caería muy mal al Gobierno de Estados Unidos”. Al final César González explicaría a la Cancillería: “Dada la insistencia del señor Holland por manifestarme la preocupación del Departamento de Estado de que no estalle un movimiento más en la América Central, saqué la impresión fundamental de que el Gobierno americano está dispuesto a hacer todo cuanto sea posible por sostener al gobierno de Figueres” (AMRE, DPI, 1955, Costa Rica-Nicaragua, Exp.39, pp. 4 y 7).

Para el 9 de julio lucía inminente una invasión de Nicaragua a Costa Rica. Ese día Holland se comunicó tres veces con el embajador Whelan en Managua, exhortándolo a hacer lo posible para evitar el inicio de un conflicto (FRUS, 1983:852). En la tarde Whelan se reunió con “Tachito”, el hijo del dictador Somoza, entonces jefe del Estado Mayor, quien en lugar de calmar aumentó la aprehensión del Departamento de Estado. Este le hizo entender que el incidente de los panfletos había sido un vuelo de prueba de un plan venezolano-cubano para bombardear a Costa Rica (FRUS, 1983:853).

LA ADVERTENCIA DE ESTADOS UNIDOS A VENEZUELA

Ante esa situación crítica el Departamento de Estado decide enfrentar a las dictaduras una vez por todas. En horas de la noche el secretario John Foster Dulles ordenó urgentemente a su Embajada en Caracas “comunicar al ministro de Relaciones Exteriores que los Estados Unidos se oponía a cualquier [acto de] violencia en contra de Costa Rica y que [ellos] asumiría[n] sus obligaciones de

la OEA en caso que le fuese solicitado” (FRUS, 1983:851). La nota era bastante clara: si Venezuela y Nicaragua invadían a Costa Rica, el Gobierno de Estados Unidos estaba dispuesto a intervenir militarmente para contrarrestarla. Por otra parte, Dulles estaba convencido de que “[s]i bien los informes de un plan de invasión no se han corroborado todavía, el Departamento considera los numerosos desarrollos circunstanciales como indicios de que un plan está definitivamente en marcha, encabezado por exiliados costarricenses pero con la implicación de Venezuela y Nicaragua” (p. 851). El único alivio con el que contaban era que Betancourt ya había solicitado una visa para ingresar a Estados Unidos y el Gobierno la estaba tramitando aceleradamente. Lo hizo por cierto, sin decirle nada a su amigo Figueres, quien no quería siquiera oír hablar de su salida (Betancourt, 2004:254; FRUS, 1983:1672-1673).

Cumpliendo órdenes, el ministro consejero Bernbaum se reunió inmediatamente con el canciller Otañez y luego con Pedro Estrada. Por supuesto, ambos desmintieron cualquier intención de Miraflores de atacar a Costa Rica, y rehusaron mediar o realizar cualquier gesto que implicase ayudar a Figueres. Como era de esperarse, nuevamente el más intransigente y chovinista demostró ser el jefe de la Seguridad Nacional. Estrada acusó a Figueres de seguir conspirando en contra de Pérez Jiménez, bien propiciando un levantamiento interno o inclusive buscando asesinar al Presidente venezolano. Además, consideró inaceptable la entrada de Betancourt en Estados Unidos, lo cual “seguramente convencería a Pérez Jiménez que los Estados Unidos están a propósito irritando a Venezuela. Preguntó si Betancourt era tan importante como para arriesgar la amistad de Venezuela” (FRUS, 1983:372-373). Tanto él como el Canciller rechazaron la idea de que un ataque a Costa Rica pudiese afectar seriamente al sistema interamericano; es más, Otañez manifestó, increíblemente, que escalar la crisis sería “saludable”, pues si generaba la división de los países sudamericanos en dos bloques, tendría al menos el mérito de reforzar los lazos entre los gobiernos anticomunistas. El canciller advirtió a Bernbaum que la insistencia de su gobierno en proteger a Costa Rica podía dañar seriamente las relaciones con sus “verdaderos amigos”, y “observó que en tal caso los Estados Unidos se darían cuenta de no poder contar más con ellos en futuras emergencias como la de Guatemala” (pp. 372-373).

Pedro Estrada inclusive se mostró bastante malhumorado e irritado al hablar del “resentimiento del Presidente ante el llamado del Departamento [de Estado] a González y otros embajadores para ayudar a proteger Costa Rica”.

Le expresó a Bernbaum su esperanza de que en cualquier momento se produjese una sublevación en Costa Rica, y de ser ese el caso “declaró que sería cuidadoso en no dejarnos saber si sabía que tendría lugar”. Terminó amenazando represalias inmediatas en caso de un ataque organizado por Costa Rica (pp. 372-373).

De ambas conversaciones el Ministro Consejero sacó sombrías conclusiones:

Es difícil, decía, apreciar el alcance que nuestros representantes aquí y en Washington tendrán en influenciar los planes de Venezuela sobre Costa Rica. Los actuales indicios son que un golpe de un grupo “interno” basado en Nicaragua podría estarse preparando con el apoyo moral o financiero de Venezuela. También es deprimentemente claro que nuestras relaciones con la alta jerarquía del Gobierno venezolano se han deteriorado seriamente. Parece deseable evitar ulterior deterioro disponiendo otro destino para Betancourt distinto de los Estados Unidos (pp. 372-373).

El Departamento de Estado le respondió a Bernbaum diciéndole que estaban trabajando intensamente para sacar a los exiliados de Costa Rica y sobre todo que la protección a ese país no significaba un apoyo a esos sujetos. Agregaron que “en deferencia a puntos de vista del gobierno venezolano el Departamento decidió semanas atrás no permitirle a Betancourt establecer su residencia aquí” (FRUS, 1983:373).

En efecto, para no alienarse aún más con Miraflores, Dulles trató de evitar la permanencia prolongada de Betancourt en Estados Unidos; por ello se estudió desde un principio otorgarle una visa temporal de noventa días. En todo caso, como resultaba apremiante sacarlo de allí cuanto antes, él mismo le escribiría una carta al procurador general Brownell el 21 de julio, exhortándolo a acelerar los trámites del visado. El problema radicaba en el pasado comunista de Betancourt. En virtud de la Ley McCarran, las autoridades de inmigración estaban obligadas a verificar la situación de personas sospechosas de tendencias comunistas, lo cual era el caso de Betancourt⁹. Por ello se le había exigido presentar información sobre sus actividades anticomunistas en los últimos cinco años; Betancourt entregó las correspondientes a los últimos dieciocho (Betancourt, 2004:254C; Romualdi, 1967:465). En una carta Foster Dulles le explicó al Procurador la posición del Departamento de Estado sobre el particular:

⁹ Betancourt militó en el Partido Comunista de Costa Rica de 1931 hasta 1935.

...como resultado de observaciones el Sr. Betancourt, tanto cuando estaba en el poder como después, y luego de cuidadosa evaluación de la información disponible, el Departamento es de la opinión de que la orientación política del Sr. Betancourt puede mejor describirse como nacionalista, izquierdista, no comunista, y frecuentemente abiertamente anticomunista. Cuando estuvo en el poder cooperó con los Estados Unidos y desde ese entonces, mientras ha hablado ocasionalmente críticamente de ciertas políticas, se cree que él es básicamente amistoso hacia este país.

Explicaba que la presencia de Betancourt en Costa Rica y su amistad con Figueres constituían una fuente de fricción con Venezuela, y que

si esta continuaba podría conllevar el estallido de hostilidades en este hemisferio y un serio daño del sistema interamericano. Tal desarrollo sería contrario al interés nacional de Estados Unidos y debilitaría apoyo vital para este país. Nuestro fracaso en permitir su entrada en este momento interferiría con el logro de este resultado. Por ello, se considera urgente e importante que al señor Betancourt se le permita entrar en los Estados Unidos...

Al final instaba al procurador a que “ejerciese su autoridad discrecional para la admisión temporal del Sr. Betancourt” (FRUS, 1983:1668-1669).

LA PERSPECTIVA ESTADOUNIDENSE

Mientras el Departamento de Estado trataba desesperadamente de desactivar la crítica situación en el Caribe, sus análisis confirmaban que la misma no presentaba un verdadero problema de expansión comunista. En un informe del 22 de julio se señalaba:

[e]n general el problema se trata de dos fuertes gobiernos militares autoritarios alineados en contra de un gobierno encabezado por un liberal, pero anticomunista, internacionalista que odia a los “dictadores”. La situación política de Guatemala fue siempre de importancia secundaria al menos para Venezuela, y ahora que ha sido resuelta, los líderes militaristas de Venezuela y Nicaragua han fijado su atención y energías hacia el supuesto peligro presentado por Figueres (FRUS, 1983:374-375).

La comunidad de inteligencia del gobierno de Eisenhower coincidía plenamente con el análisis anterior. De hecho pensaban con bastante atino que

[e]n la opinión general en el Caribe y en América Latina, el tema de “democracia” contra “dictadura”—es decir, de cambio social y político *versus* autoritarismo tradicional— es un tema de mucha más importancia que la cuestión del comunismo o anticomunismo ... En los últimos treinta años elementos tradicionales en el poder en las repúblicas del Caribe se han visto enfrentadas por un aumento constante de demandas de cambio social, económico y político. Estas demandas provienen, no de las masas campesinas, sino de elementos urbanos; estudiantes e intelectuales, gente de negocio y profesionales, líderes sindicales, y jóvenes oficiales ... A lo largo de la región, la agitación en contra del orden tradicional de la sociedad ha tomado matices nacionalistas ... El conflicto entre “democracia” y “dictadura” en el Caribe enfrenta a los Estados Unidos con un dilema, pues ambas partes se sienten con derecho al apoyo activo estadounidense (FRUS, 1983:381).

Para el Departamento de Estado

Nicaragua... trata de ser la más anticomunista de todos, y muchos de sus enemigos son etiquetados como comunistas por conveniencia, una práctica que también sigue Venezuela. Venezuela es básicamente amistosa hacia Estados Unidos pero es rápida en mostrar su independencia, consciente de su importancia estratégica para nosotros y consciente de su creciente fuerza como potencia militar y económica en el Caribe (FRUS, 1983:374-375).

Con respecto a los hombres de influencia en el Gobierno venezolano, el Departamento de Estado consideraba al Canciller una figura débil. Otáñez, decía, “parece que tiene poco peso hoy con el Presidente y simplemente refleja el enfado del Presidente con nosotros”. En cambio, muestran su frustración hacia Pedro Estrada, a quien prácticamente retratan como un obtuso y peligroso belicista:

[m]ientras Estrada (... uno de los hombres más poderosos en Venezuela) continúa negando [la existencia de] planes de Venezuela para atacar a Costa Rica, parece probable que Venezuela está brindando apoyo moral, financiero y posiblemente técnico para derrocar a Figueres ... Estrada ha hablado de “responder” a un ataque de Costa Rica a Venezuela usando bombarderos Canberras para arrasar a San José y [de usar] un nuevo destructor venezolano para desembarcar 2.000 soldados en las playas de Costa Rica, y dijo que ello significaría la guerra, sin importar las consecuencias [que ello comportaría] a la OEA.

Más adelante indican “[h]emos realizado repetidos esfuerzos para explicar nuestra posición a Estrada, el hombre que tiene más influencia sobre el Presidente, pero él está empeñado en sus propios objetivos y rehúsa dejarse convencer por nuestra línea de razonamientos” (pp. 374-375).

En la parte más importante del informe del 22 de julio, en donde se señalan ulteriores esfuerzos para aclararle la situación al Gobierno venezolano, se ratifica la necesidad de advertir al Gobierno venezolano que

[e]n el caso de un ataque armado por cualquier Estado a Costa Rica, los Estados Unidos se vería obligado, así como todos los miembros del Tratado de Río, a asistir inmediatamente a Costa Rica (artículo 3 del Tratado de Río). En el caso de un desafío a la seguridad de Costa Rica, no un ataque armado por otro Estado, nosotros cooperaríamos en la acción de la OEA requerida para prevenir o remover las causas de cualquier ruptura de la paz (pp. 374-375).

LA CONDECORACIÓN A PÉREZ JIMÉNEZ

Ante ese clima de escalada de tensiones, el 26 de julio de 1954 Betancourt abandonó finalmente Costa Rica rumbo a Puerto Rico. Aplicó por una visa de desertor comunista pero se le otorgó una de visitante, que le permitía una estadía temporal de solo noventa días. Allí contará con la protección de su amigo el gobernador Muñoz Marín, y también entablará relaciones con dos figuras prominentes, Arturo Morales Carrión y Teodoro Moscoso, quienes años después jugarán un papel importante en la Alianza para el Progreso y específicamente en las relaciones de Estados Unidos con Venezuela.

Costa Rica anunció que Betancourt se había ido voluntariamente, dejando a Somoza insatisfecho. Este exigió que declarasen que había sido deportado, solo así autorizaría un encuentro entre los cancilleres de ambos países para negociar la normalización de las relaciones. Para presionar aún más ordenó la concentración de tropas en la frontera con Costa Rica, aproximadamente unos mil hombres, a fin de realizar unas supuestas “maniobras militares” (FRUS, 1983:1388-1389, 854).

Desde la perspectiva del Gobierno venezolano la concesión de la visa por parte de Estados Unidos a Betancourt, así como el apoyo a Costa Rica, habían deteriorado las relaciones bilaterales al punto más bajo desde la llegada del régimen militar. Las advertencias de Estados Unidos y la salida de Betancourt sirvieron para frenar temporalmente cualquier intención que los dictadores hubiesen tenido, especialmente Somoza, de invadir abiertamente a Costa Rica. Para mediados de 1954 estos optan por organizar, como en el caso de Guatemala, una fuerza expedicionaria que comandaría el expresidente costarricense Rafael Ángel Calderón Guardia.

Nicaragua facilitó armas, campos de entrenamiento y voluntarios, logrando reunir unos quinientos hombres. Durante la segunda mitad de ese año Calderón Guardia habría visitado cuatro veces a Caracas (Ameringer, 1974:211). También recibiría apoyo de Castillo Armas y de Trujillo.

Con respecto a las deterioradas relaciones bilaterales, el 17 de agosto se dio otra importantísima reunión en Washington entre César González y Henry Holland. Durante el almuerzo que sostuvieron ambos, el Embajador le dijo que el “presidente Pérez Jiménez teme que Estados Unidos haya decidido adoptar una actitud cada vez más inamistosa hacia Venezuela”. González pasó a enumerarle la serie de “agravios” de los que creían haber sido objeto, entre los cuales figuraba la ayuda prestada recientemente a Costa Rica en la crisis con Nicaragua y, además, no podía faltar la permanencia de Rómulo Betancourt en suelo puertorriqueño. Holland le aseguró que ese no era el caso, que Estados Unidos tenía todo el interés de mantener buenas relaciones con Venezuela, país que era además un “extraordinario ejemplo de iniciativa privada y respeto a la propiedad privada”. Es notable lo que González procedió a explicarle al Secretario Asistente: “González dijo”, escribe Holland,

que tenía que entender la situación imperante en Venezuela. El gobierno es una dictadura militar y el Presidente siempre teme por su estabilidad. Pedro Estrada tiene la mentalidad de un policía y tiene que preservar un clima de desconfianza y vigilancia para justificar su propia posición dentro del gobierno. El carácter naturalmente sospechoso del Presidente hace que acepte la interpretación de Estrada de los hechos.

Y en un pasaje crucial Holland informa: “González exhorta que si los Estados Unidos confiere una condecoración a Pérez Jiménez, todos sus actuales resentimientos y sospechas desaparecerán. Insta que consideremos hacerlo, y que si nosotros decidimos que podemos condecorarlo, enviemos a un general a Caracas para hacerlo” (FRUS, 1983:1670-1671).

El anterior memorando revela dos cosas importantes: en primer lugar, que la idea de condecorar a Pérez Jiménez vino de Venezuela, del propio embajador César González, y no de Estados Unidos. El evento se llevaría a cabo tres meses después, el 12 de noviembre, en la residencia del embajador Fletcher Warren en La Florida, donde se le impone a Pérez Jiménez la Orden Legión al Mérito en Grado de Comandante en Jefe. En segundo lugar, y quizás la consideración más importante, tiene que ver con el hecho de que la condecoración en realidad no reflejaba

las excelentes y estrechas relaciones de Estados Unidos con la dictadura militar, expresaba en cambio todo lo contrario: se produjo para subsanar el período de mayor tensión en las relaciones bilaterales de ambos gobiernos. Paradójicamente, entonces, sobre todo considerando la matriz de opinión que se impuso años después, la condecoración en realidad fue un síntoma del peor momento en las relaciones entre Pérez Jiménez y Estados Unidos.

Cabe mencionar que el hecho tuvo ciertos efectos reparadores en las relaciones bilaterales y sin duda ablandó al dictador. El mismo Fletcher Warren escribiría semanas después: "...la condecoración del Presidente ha revelado ser el evento más popular en las relaciones Americano-Venezolanas en muchos, muchos años. ... Nosotros creemos que la condecoración fue en el mejor interés del Tío Sam... Los resultados fueron mucho mejor de lo que nos esperábamos" (FRUS, 1983:1674-1675). No obstante la misma no logró frenar la conspiración ya en marcha.

LA INVASIÓN A COSTA RICA Y EL FRENO DE ESTADOS UNIDOS

Para finales de 1954 el Gobierno de Estados Unidos comienza de nuevo a percatarse de la reactivación de planes para derrocar a Figueres. El 18 de noviembre el Departamento de Estado escribía: "...última información indica que el plan para derrocar a Figueres, formulado pero abortado en el verano pasado y después pospuesto hasta mediados de noviembre, está a punto de ser puesto en práctica". Según sus informaciones los conspiradores eran siempre Calderón Guardia, Somoza y, por supuesto, "Pérez Jiménez y Estrada de Venezuela, quienes han suministrado recursos financieros y muy probablemente armas, a través de Nicaragua y Panamá". Como prueba del reinicio de estas maquinaciones, el documento cita un telegrama de la Embajada de Caracas, el cual refiere cómo el día anterior el canciller Otáñez se jactó de la inminente caída de Figueres supuestamente "producto de condiciones internas... logradas por los [mismos] costarricenses" (FRUS, 1983:858).

Pocos días después informaron al secretario Foster Dulles que las misiones diplomáticas y la CIA estaban reportando que preparativos, para un levantamiento "interno" conducente a tumbar a Figueres, se habían iniciado el fin de semana del 20 de noviembre. Esta vez el plan evitaría cualquier intervención directa por parte de Nicaragua, como fue amenazado en el mes de julio, invasión que como vimos no se llegó a concretar gracias a la pronta reacción norteamericana. En esa

ocasión ellos habían enviado cinco aviones de transporte militar C-47 de Panamá, en gira por cinco países, entre ellos Costa Rica. Ahora, ante esta nueva situación, el Departamento de Defensa acordó enviar seis aviones caza a Panamá, para estar listo en caso de que estallase un conflicto (FRUS, 1983:861-862).

Al final los reportes se mostraron ciertos, la esperada invasión se dio a principios de 1955. El 9 de enero, cuando la misma era ya inminente, el embajador de Estados Unidos en Caracas Fletcher Warren se reunió con Otáñez. Ante las acusaciones del canciller, Warren negó que Estados Unidos estuviese sosteniendo a Costa Rica, sino que más bien apoyaban la línea que al respecto había adoptado la OEA. Por su parte, el Embajador cuestionó la presencia de siete aviones militares venezolanos que el día anterior habían aterrizado en Managua. El Canciller ni confirmó ni negó la presencia de los aviones, ni tampoco si estos habían transportado armas a Nicaragua. Lo que sí dijo es que Venezuela reconocería en apenas dos horas a un nuevo gobierno fruto del derrocamiento de Figueres.

Por su parte, Warren también conversó con Pedro Estrada, quien admitió que los aviones militares venezolanos habían sido enviados a Managua para brindarle apoyo moral a Somoza y asustar a Figueres. Comparó la acción al despliegue de los C-47s estadounidenses en Costa Rica meses atrás (FRUS, 1987:585-586).

Finalmente, el 11 de enero un grupo de, aproximadamente, quinientos hombres partiendo de Nicaragua ocupan La Cruz y atacan Villa Quesada en Costa Rica. Bien temprano al día siguiente, aviones de guerra AT-6 provenientes de Nicaragua y, según algunos testigos, portando la bandera de Venezuela y las insignias de su Fuerza Aérea, bombardearon y ametrallaron la capital San José. Estados Unidos nuevamente se alía a favor de Figueres, facilita el envío desde el canal de Panamá de munición antiaérea (FRUS, 1987:586, 590-591).

Mientras eso sucedía, el 13 de enero se reúne en Washington el Consejo de Seguridad Nacional, la máxima instancia consultiva en materia de seguridad y defensa de Estados Unidos. El director de la CIA, Allen Dulles, aprovechó para comentar los acontecimientos en Costa Rica. En tono irónico dijo que se trataba de la revolución más anunciada en la historia de América Latina, pues el mismo Somoza los había advertido tres días antes de que ocurriera. Ante los ojos del experimentado Allen Dulles, quien ya había derrocado a Mossadegh en Irán y a Arbenz en Guatemala, la operación lucía un desastre, tan mal organizada y poco

coordinada que inclusive comentó algo sorprendido que “parecía difícil de creer que Nicaragua y Venezuela estuviesen prestando su apoyo a lo que parecía ser una operación tan pequeña e ineficiente” (FRUS, 1987:596).

En efecto, la invasión resultó bastante inoperante y no logró sus objetivos, en gran parte gracias a la intervención de Estados Unidos. Eisenhower apoyó fuertemente la acción de la OEA de aplicar el Tratado de Río a fin de frenar la agresión patrocinada desde Managua y Caracas. El 16 de enero, luego de encendidas discusiones, el Consejo de la OEA autorizó la venta de cuatro aviones cazas estadounidenses a Costa Rica. Esta asistencia militar cambió radicalmente el balance militar y literalmente le puso fin al conflicto (Dreier, 1962:64).

Sería la última vez que ambos dictadores desafiaban a Estados Unidos. Pérez Jiménez tuvo que aceptar la dura lección de que en el Caribe las reglas la dictaba Estados Unidos. No contaría en este sentido con el patrocinio de otra potencia nuclear capaz de moderar al Gobierno norteamericano, como sucedería pocos años después con Fidel Castro. En todo caso, la condecoración, como dijimos, tuvo su peso. Desde ese momento, y haciendo abstracción del fiasco en Costa Rica, las relaciones con Venezuela mejorarían mucho, al punto que renovaron las misiones militares y se otorgaron nuevas concesiones petroleras en el año 1956.

En cuanto a Estados Unidos, ya para mediados de 1955 la administración Eisenhower empezaría a hacerse exámenes de conciencia sobre la conveniencia de apoyar tan estrechamente a las dictaduras en América Latina. Sin embargo, sería solo tres años después, luego de que casi lincharan al vicepresidente Nixon en las calles de Caracas, que cambiarían su política. Para 1955 todavía predominaba en la Casa Blanca la visión conservadora de inicios de la Guerra Fría. Como dijera el secretario del Tesoro George Humphrey en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional realizada en febrero de 1955, cada vez que caía un dictador en América Latina, ganaban terreno los comunistas, por ello “en su opinión, los Estados Unidos debían apoyar hombres fuertes en los gobiernos latinoamericanos” (FRUS, 1987:4-5). Nelson Rockefeller, entonces asesor del presidente Eisenhower, ya asomaba una idea distinta marcadamente liberal (que se impondría tiempo después con Kennedy): “...los dictadores en estos países son”, decía, “una arma de doble filo. Es cierto que, a breve término, los dictadores manejan a los comunistas eficientemente. Pero en el largo plazo, Estados Unidos debe incentivar el crecimiento de democracias en América Latina si el comunismo ha de ser derrotado en esa zona” (pp. 4-5). Eso fue

precisamente lo que a la postre sucedería en Venezuela con la llegada de Rómulo Betancourt; una democracia eficiente demostraría ser la mejor defensa contra el comunismo y contra cualquier otro tipo de radicalismo político.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos visto cómo las crisis de Guatemala y Costa Rica afectaron las relaciones entre la administración Eisenhower y el gobierno de Pérez Jiménez, haciéndolas pasar por altibajos. La participación de Venezuela en el derrocamiento de Jacobo Arbenz, cenit de esa cooperación bilateral con Estados Unidos, luce cierta de algunos testimonios e indicios de documentos norteamericanos desclasificados. Hoy nos resulta evidente el error de cálculo en el que incurrió Pérez Jiménez y Somoza al pensar que su participación en contra de Jacobo Arbenz les iba a asegurar el apoyo de Estados Unidos en su intento de derrocar a Figueres.

Vimos cómo las diferencias en el caso de Costa Rica generaron un pequeño *impasse* entre ambos gobiernos, que llevó inclusive a Eisenhower a advertir a Pérez Jiménez que intervendría militarmente si Venezuela y Nicaragua se atrevían a atacar a Figueres abierta o indirectamente. Muy probablemente esa advertencia afectó la magnitud de la invasión de enero de 1955. La subsiguiente intervención de Estados Unidos a través de la OEA y la venta de cuatro de sus aviones de guerra a Costa Rica pusieron fin a los sueños venezolano-nicaragüenses de deshacerse de Figueres y reforzar su posición global en el Caribe.

Por otra parte, se puso en relieve cómo la condecoración de la Orden Legión al Mérito otorgada a Pérez Jiménez, contrariamente a la opinión generalizada, reflejó el punto más bajo de las relaciones entre Estados Unidos y la dictadura venezolana. La misma se produjo precisamente para tratar de limar las asperezas surgidas relacionadas con Costa Rica.

Otro aspecto que nos parece importante resaltar tiene que ver con la forma en que las dictaduras buscaron manipular los temores de Estados Unidos a la expansión del comunismo. El gobierno de Pérez Jiménez trató de hacerlo reiteradamente a fin de obtener su apoyo, si bien como hemos visto sin mucho éxito. En todo caso, ello se hizo una práctica común a lo largo de la Guerra Fría; los principales actores de

un conflicto regional buscaban travestirlo y hacerlo parecer como una confrontación entre el comunismo internacional y el capitalismo, a fin de atraer la participación o intervención de una de las dos grandes superpotencias.

Por último, recordar la invasión a Costa Rica es significativo porque contradice en cierto sentido la corriente de opinión, algo generalizada, sobre la actuación de Estados Unidos en América Latina. En ese caso se trató de una intervención en contra de las pretensiones de las dictaduras militares y a favor de una democracia. Algo parecido sucedería años después en la propia Venezuela, cuando Estados Unidos asistió al gobierno constitucional de Rómulo Betancourt en su defensa del régimen democrático y en contra de la pretensión de la guerrilla castro-comunista de imponer, por la violencia de la lucha armada, una dictadura socialista totalitaria, a todas luces similar a la de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA (AMRE, DPI, 1955, Costa Rica-Nicaragua, Exp. 39).

ARCHIVO HISTÓRICO DE MIRAFLORES (AHM.1847-C).

BETANCOURT, R. (2004). *Antología política*. Volumen sexto 1953-1958. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt,

BLANCO MUÑOZ, A. (1983a). *Pedro Estrada Habló*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela,

BLANCO MUÑOZ, A. (1983b). *Habla el general Marcos Pérez Jiménez*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela,

GIUSTI, R. y HERNÁNDEZ, R. (2006). *Carlos Andrés Pérez: memorias proscritas*. Caracas: Libros El Nacional.

PEÑA, A. (1979). *Conversaciones con Carlos Andrés Pérez*. Volumen I, Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.

RAMÍREZ CUBILLÁN, G. (1996). *Secretos de la dictadura, 1948-1958. Conversaciones de Régulo Fermín Bermúdez con Gonzalo Ramírez Cubillán*, Caracas: Editorial Greco.

UNITED STATES DEPARTMENT OF STATE (1983). *Foreign relations of the United States (FRUS), 1952-1954*. Volume IV, The American Republics. Washington, D.C.: United States Government Printing Office.

UNITED STATES DEPARTMENT OF STATE (1987): *FRUS, 1955-1957*. Volume VI, American Republics; Multilateral; Mexico; Caribbean. Washington, D.C.: United States Printing Office.

Fuentes secundarias

AMERINGER, C.D. (1974). *The democratic left in exile. The antidictatorial struggle in the Caribbean, 1945-1959*. Florida: University of Miami Press.

BOWMAN, K.S. (2002). *Militarization, democracy, and development. The perils of praetorianism in Latin America*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

DREIER, J.C. (1962). *The Organization of American States and the hemisphere crisis, 1944-1945*. Council of Foreign Relation. New York: Harper & Row.

GADDIS, J.L.(1997). *We now know. Rethinking Cold War history*. New York: Oxford University Press.

GLEIJESES, P. (1991). *Shattered hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1945*. New Jersey: Princeton University Press.

KALFON, P. (1997). *Che. Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.

QUERO DE TRINCA, M. “El tercer exilio de Rómulo Betancourt (1953-1958)”, en Betancourt, R. (2004). *Antología política*. Volumen Sexto 1953-1958. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.

RABE, S.G. (1988). *Eisenhower and Latin America. The foreign policy of anti-communism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

ROMERO, C. (1992). *Las relaciones entre Venezuela y la Unión Soviética. Diplomacia o revolución*. Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela.

ROMUALDI, S. (1967). *Presidents and peons. Recollections of a labor Ambassador in Latin America*. New York: Funk & Wagnalls.

SCHLESINGER, S. y KINZER, S. (1982). *Bitter fruit. The untold story of the American Coup in Guatemala*. New York: Double Day.